

El legado de la guerra civil española en una familia republicana y sus descendientes

Andrea Angulo Menassé

Introducción

En este escrito reflexiono sobre las consecuencias en la salud que la guerra civil española dejó en los miembros de una familia y en las generaciones siguientes: los hijos y los nietos de los milicianos republicanos que defendieron el proyecto socialista de la España confrontada de 1936 a 1939. A partir de entrevistas con algunos de los miembros de esta familia de exiliados político - socialistas, recuperé algunos testimonios que dan cuenta de los efectos que la guerra contra el fascismo español dejó en sus cuerpos y en sus vidas, pues siendo todavía niños tuvieron que huir con sus padres a Francia y América porque su existencia corría peligro. Una vez terminada la guerra, los niños se vieron envueltos en una ola de terror que los llevó a esconderse y a correr al otro lado de la frontera porque como familias socialistas en resistencia, vivían amenazadas de muerte. En este artículo miro los testimonios de la familia y me enfoco en los mensajes transmitidos de abuelos a padres, de padres a hijos, de abuelos a nietos, que tuvieron consecuencias en su salud mental. La hipótesis que sostengo es que en el contexto de la guerra no fue necesario haber estado en los frentes de combate para haber recibido toda la conmoción que las condiciones materiales de terror y persecución generaron.

Tampoco fue condición haber pasado por el exilio y la persecución en 1939 para cargar con lo que la guerra significó en términos de pérdida y fracaso

Andrea Angulo Menassé, licenciada en psicología social, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México; maestra en terapia familiar sistémica, Instituto Superior de Estudios de la Familia; profesora-investigadora de tiempo completo, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, correo-e: andreaangulo04@yahoo.com

de un proyecto político utópico, porque la violencia quedó como tatuaje inscrita en todas las generaciones de la familia, aún y, sobre todo, las que nacieron en el país de refugio.

Los miembros de las generaciones nacidas en México no sentían que España fuera el país remoto inalcanzable de los padres o el paraíso perdido a donde sus abuelos hubieran aspirado vivir y morir. España, junto con toda la historia de guerra y exilio, se trasladó al país de refugio y aguardó dentro de las cuatro paredes del exilio, todos los días de la vida de la generación exiliada y también de las subsiguientes. Porque España no sólo era un territorio material geográfico, era un cúmulo de significados, prácticas, sensibilidades, costumbres, sistema de valores, que se llevaron los miembros exiliados consigo a donde quiera que llegaron. Por eso los mensajes cargados emocionalmente en el sistema familiar determinaron la salud de todos sus miembros y condicionaron sus sistemas de percepción, pensamiento, apreciación y acción¹ en la reproducción de lo doloroso o en la explicitación abierta de lo vivido.

La dispersión familiar, corolario del exilio

Una de la consecuencia más determinantes y obvias de esta guerra fue que las familias y los colectivos significativos no quedaron juntos, sino desperdigados durante y después de la guerra. Las limitaciones para formar un nuevo proyecto una vez que el anterior fue derrotado se acrecentaron por el hecho de haber perdido su red de pertenencia más primaria, su familia, amigos, correligionarios. El reto no nada más fue entonces renovar el proyecto personal y familiar en el país

¹ Su hábitus, según la conceptualización del sociólogo Pierre Bourdieu.

de refugio sino reconstruir también y, al mismo tiempo, la posibilidad de “recuperar” a los miembros del sistema que habían quedado atrapados en otras geografías.

Mi hermano se tuvo que quedar. Como era carabinero, se tuvo que quedar en Barcelona, trabajaba en el ejército y como no tenía edad de ir al frente tenía que quedarse en la retaguardia ¡a los 17 años! tenía que estar ahí de guardia cuidando del bombardeo (21002).

Muchas fueron las historias de desprendimientos familiares y cambios en la estructura familiar; algunas de estas narraciones tuvieron un buen final, otras medianamente pudieron recomponer la desgarradura familiar que la guerra les trajo y otros no pudieron contar su historia porque en el intento de reunirse con su núcleo de pertenencia para salir a salvo, fueron capturados por los fascistas.

Los hermanos del tío Valentín habían salido en un barco y él se quedó porque no quería dejar solas a su mujer y sus hijas. Pero cuando se dio cuenta, la mujer decidió dejarlo a él porque se sentía insegura de que fuera “rojo” y los atraparan a todos. La mujer se quiso separar de mi tío, para no caer entre los refugiados ni entre los perseguidos... Así que el tío cuando se vio solo, trató de alcanzar a sus hermanos en Casablanca, para venir con todos hacia México, pero lo agarraron en Argel. Lo agarraron y lo metieron a los trabajos forzados de la vía férrea trans sahariana. Ahí murió. Nunca lo volvimos a ver (21001).

La guerra fue como la bola de boliche enormemente pesada que con su golpe derribó y desplazó a los miembros de las familias. La enorme bola golpeó justo en medio del colectivo y logró tumbar la estructura que los mantenía unidos y de pie.

Porque mi papá no volvió a ver a mi hermana mayor. Ni yo. Cuando la volví a ver, mi papá ya se había muerto (21002).

No hubo manera de prever la fuerza de destrucción que tendría la guerra derribando familias, no había referente que permitiese prevenir que los bolos no rompieran las estructuras. La desorganización de los núcleos de pertenencia básicas en medio del desastre limitó enormemente la posibilidad de recuperar la esperanza, hacer una elaboración de las pérdidas y reconstruir un proyecto nuevo con las mismas energías y capacidades que en el pasado.

Y nuestro hermano mayor estaba en Francia con todos pero no pudo venir a México porque ya no tenía edad y porque no le daban los papeles, no le daban los documentos. Se tuvo que volver a España y enrolar con los fascistas. Cuando cumplió los 18 años ya estaba en edad de que lo proscribieran, entonces de Francia perdimos totalmente la comunicación, no pudimos conseguir los papeles y fueron muchísimos años hasta que volvimos a tener contacto con él. Cuando mi padre murió fue una de sus penas más grandes, que nunca supo lo que había pasado con su hijo (21012).

Fueron muchos los padres que murieron sin saber del destino de sus hijos o hijos que vivieron y crecieron sin saber tampoco del paradero de sus padres o hermanos. La represión política implicaba que había una sentencia de muerte detrás de cada exiliado, esto dificultó la posibilidad de construir y construirse de nueva cuenta después de la guerra devastadora.

A mi suegro le fusilaron a su padre, tú lo sabes, así que por eso entró a la escuela militar en Valencia y ahí lo capacitaron para la guerra. Salió con el grado de teniente, fue al Frente y resultó herido, por eso tenía uno de los dedos de la mano torcido de una esquirla, de una granada (21001) (...) Una vez en el exilio se hizo hipocondríaco, vivía aterrado ante la enfermedad y la posible inminencia de la muerte (21009).

Enfermedades y diagnósticos, huellas de la guerra

Los miembros de la familia que se quedaron sin proyecto o con la sensación del proyecto derrotado fueron mucho más vulnerables respecto a todo tipo de problemas de salud y enfermedad. Los que perdieron aquello que les hacía luchar por un horizonte de futuro, perdieron también el motor de vida.

Cuando vino la sublevación los Republicanos se juntaron para defenderse, por ejemplo, el periódico "El Socialista" aportó varios soldados, un grupo de gente de periodistas se formó para ir al frente. Toda la familia era socialista. Tuvimos miedo cuando anunciaron que iba a caer Bilbao, ahí sí daban ganas de salir corriendo, pero ¿miedo? antes no... no era así... la cosa era de enojo, de ira contra la sublevación (21001).

La ira funcionó como disparador de la energía y fuerza para ir al frente, alistarse para formar un escuadrón, porque la rabia ante la sublevación fue la manera de esta familia, así como de tantas otras, de desarrollar su capacidad de resistir ante la injusticia y esta ira los mantuvo vivos. Solo cuando perdieron el proyecto utópico perdieron la fuerza y la salud. La ira se volvió un problema cuando tuvieron que dar por perdido el horizonte libertario que los databa de fuerza, entonces toda aquella rabia que los hacía pelear, se volvió contra ellos. La ira se transformó en impotencia, en derrota y apareció el miedo, la angustia de muerte y los diagnósticos de enfermedades.

Así que los trastornos de la cabeza le pasaron a mucha gente. También la madre de una muy amiga mía se deschabetó, con la que me quedaba cuando niña y con la que viví la evacuación. Porque los franceses dijeron que los niños y las mujeres tenían que salir de la capital porque se acercaban los alemanes, salimos entonces los tres hermanos, Juanita, Ramón y yo y Ma. de los Ángeles con su madre, ya sólo volvimos a París para ser evacuados y ella perdió la cabeza estando en México (21004).

El objetivo de la violencia política es la destrucción del individuo, sus relaciones personales, su conciencia de clan y su pertenencia a una comunidad (Castillo, 1998).

Las enfermedades generadas por miedo, por la persecución, la amenaza de muerte y la huída trascendieron a la generación directamente implicada y condicionaron en lo micro, la vida cotidiana de toda la familia, en todas las generaciones.

Nos pilló la invasión alemana y se dislocó todo, íbamos en automóviles, se bloquearon las carreteras, tuvimos que abandonar los automóviles que habíamos alquilado y entonces en la confusión quedamos separados: por un lado mis padres y mi hermana, y yo con mi hermanita pequeña y una señora amiga nuestra por el otro. Caminando por las carreteras conseguimos meternos en un tren que iba a Burdeos y al poco tiempo de habernos subido al tren llegó la aviación alemana y bombardeó. El tren paró, nos bajamos, afortunadamente había un bosque cercano, salimos corriendo a refugiarnos al bosque y los alemanes ametrallaron el tren, quedó inservible.

Mi hermanita sufrió una crisis nerviosa, ella que siempre había padecido de debilidad en los ojos, tuvo tal crisis nerviosa porque nos tumbamos ahí entre los árboles y la cosa de las ametralladoras estaba tan cerca, que fue solo una suerte del azar que no nos dio a ninguno, pero la chiquilla se conmocionó y se ¡quedó ciega, no veía! Estuvo no sé cuantas horas que no veía (21008).

La conmoción quedó como marca para siempre. Muchos de los miembros de la familia se quedaron simbólicamente engeguados en algunos periodos de su vida: la necesidad de dejar de ver la destrucción de su casa, de su comunidad, de su país, de su hogar, la frustración y la impotencia, la realidad que se aparecía como abrumadora conmocionó a más de uno. La defensa de engeguarse fue necesaria para evitar un daño mayor.

La muerte de mi sobrino fue un caso bastante viejo, porque él buscaba matarse desde los quince años. Tenía unas cosas tremendas que le debían atormentar, no sé por qué razón, porque no es que me haya comentado nada, pero se le veía que estaba mal, que no vivía bien. Era un chico muy atormentado, muy inteligente, pero muy atormentado. Con mucho sentido del humor pero que no estaba conforme con la vida y no logró superarlo. Se mató, ya había estado en varios tratamientos pero reincidía (21002).

Los mensajes implícitos son percibidos por los miembros más sensibles de las generaciones siguientes que se apropiaron de ellos en diferentes niveles sin siquiera ser conscientes de ello. Los sistemas tienen mitos y significaciones fundacionales que operan como instituciones para las familias que pertenecen al colectivo cultural. Este tipo de mensajes transmitidos de generación a generación son construcciones colectivas que le dan sentido a la historia grande y a las pequeñas de cada grupo en su cotidianidad, y son suficientemente importantes como para que las generaciones que van naciendo los reciban a través de actos no verbales, del clima emocional del sistema familiar, la atmósfera vincular, los secretos que no se dicen pero se actúan y reproducen.

¿Yo para qué voy a España? Si a España la tengo en casa (21009).

Las distintas maneras de resarcir la subjetividad fueron en la familia tan diversas como la materia prima con la que los sujetos fueron contruidos, los caminos del mundo interno, tanto para defenderse como para enmendarse, respondieron en todo momento al contexto histórico y a las necesidades particulares de los sujetos en cada coyuntura.

En mi casa siempre se respiró una atmósfera depresiva, austera, oscura (de luz), casi irrespirable, sobre cargada de libros y de ventanas cerradas. Mis padres, como yo ahora, se aferraban al erotismo

para no perecer de la tristeza íntima del exilio (21009).

No fueron pocos los hijos y nietos de los exiliados los que, ante la posibilidad de perecer pasivamente en la tristeza íntima del exilio, eligieron activamente exiliarse en la muerte. Ya había sido su familia exiliada en un país ajeno y esto sucedió sin que mediara la voluntad de ninguno, el suicidio muchas veces fue un acto elegido en medio del caos doloroso que significaban las decisiones impuestas por la guerra.

Dolía en las familias porque representaba otro proyecto derrotado. El suicidio en el caso de la familia aquí mirada representó en la materialidad, como la República en lo simbólico, otra pérdida a destiempo. Para el colectivo significó la descalificación del futuro, igual que con el proyecto utópico “fracasado”. La familia tuvo que lidiar de nuevo con las expectativas proyectadas, los ideales, los planes y sufrir en la impotencia el evento trágico del no retorno.

El auto exilio en la muerte apareció como la metáfora más clara de cómo se pudo actuar en la materialidad del mundo objetivo, lo que había sido implícito en el mundo simbólico. Los mensajes implícitos del dolor de la guerra, los contenidos silenciados, los significados tabúes se transmitieron, se respiraron, se heredaron, se incorporaron de distintas maneras y en distintos niveles en los miembros que nacieron y crecieron en el país de refugio y poco conocían de la historia de sus padres y abuelos.

Pero estabas diciendo tú, que aunque tú no les hablaras de la guerra y eso, la ideología era patente, no tenías que estar hablando de ello, porque era patente. En tu casa, así como en la mía, la cuestión de la idea religiosa, o no religión, la manera de ver la política siempre era una cuestión que ni siquiera se tenía que explicar porque era obvia la manera de pensar de todos nosotros (21012).

Así como la ideología era patente y no había necesidad de explicarla, también la sensación de duelo perpetuo por la República socialista perdida se hizo evidente. En la socialización informal de la educación al interior de cada familia también

operaron aprendizajes ocultos no explícitos que, aunque no estaban en el guión formal, se transmitieron a través de prácticas. Estos mensajes “ocultos” tuvieron y tienen en muchos casos más poder y carga que los aprendizajes explícitos porque son maneras de enseñar que permanecen desconocidas por aquél que las enseñó e inconscientes para aquél que las recibe.

La decisión de morir terminó por sustituir el proceso de elaborar la guerra de la que fue víctima todo el colectivo por el proceso de llevarla a escena de manera individual. Representarla de nuevo con el fin de reparar y de aliviar los asuntos que, por estructurantes e hirientes, habían sido silenciados a partir del dolor no verbal de todo el sistema. En las familias hay siempre quienes se apropian de los contenidos trágicos del colectivo y son capaces de llevarlos consigo hasta sus últimas consecuencias.

Bueno yo creo que eso es lo que yo siempre me reprocho. Yo me reprocho que yo a mis hijos nunca les hablé de la guerra, nunca les dije... eso sí me lo reprocho, de no saber inculcarles... Yo creo que yo les he hablado poco y mi marido no sé, no sé hasta que punto él hablaba. Por eso, por la dificultad de recordar cosas dolorosas. Yo, por ejemplo, a mis hijos les he hablado muy poco y mi marido tenía siempre un montón de cosas que hacer y les habló poco, yo pienso eso (21003).

La dificultad de procesar tuvo que ver con la falta de mecanismos sociales y políticos que lo permitiesen. Pues este proceso de mutismo característico de la vida familiar fue equiparable con la mecánica represiva de post guerra en la vida social. Lo que pasó en muchas familias en el exilio era una manifestación en lo íntimo de lo que pasó en lo político: un silenciamiento obligatorio y artificial del pasado cruel y de lo que implicó la guerra y la dictadura de Franco en España. El régimen de terror logró falsificar la historia y con esto maniobrar con el pasado de tal manera que las generaciones siguientes, de izquierda y derecha, solo supieron pedazos de historia velada en relación a lo sucedido en su propia casa del 36 al 39. Navarro (2002) ha publicado reflexiones en

torno a cómo la transición, de la dictadura a la democracia en España, se levantó sobre el olvido y el silencio del pasado vergonzoso. La manera en que la dictadura logró imponer una amnesia colectiva alrededor de uno de los eventos más crueles del siglo XX logró que los herederos de esa historia tuvieran escasas herramientas para mirar y entender su presente. El país completo así como las familias víctimas, tuvieron también limitadas posibilidades de resarcimiento por la ausencia total de justicia: de establecimiento de responsabilidades y de reconocimiento de la historia tal cual ellos la vivieron. Este hecho fue evidente aún bajo los gobiernos democráticos incluyendo los socialistas (Navarro, 2002). No ha habido en España -ni bajo la ley de memoria histórica actual- ritual, homenaje o simbolismo alguno que reconozca la lucha libertaria de las familias republicanas: socialistas, anarquistas, comunistas y/o de los individuos o colectivos que lucharon sin militancia alguna, por ideales emancipatorios.

En la familia entrevistada, así como en muchas otras, el suicidio, pero también los diagnósticos de enfermedades dieron cuenta de cómo lo silenciado aterrizó en portavoces familiares que actuaron en lo material, lo que en lo simbólico había sido inrepresentable. Los contenidos tan dolorosos como fueron las miserias de la guerra eran difícilmente disipados, aún cuando la historia oficial lo hiciera parte de sus objetivos en la agenda política.

El resarcimiento

A falta de mecanismos sociales, públicos y políticos que resarciesen los daños infringidos cuando dejaron en la orfandad a millones de habitantes de un país despojado y violado, se dispararon mecanismos individuales que buscaron subsanar en lo personal, lo que en lo público quedó impune.

Cuando social y políticamente se desarrollan dispositivos para juzgar y hacer justicia en comunidades y naciones después de actos de violencia extrema y masiva, las posibilidades de generar procesos de resarcimiento colectivo, grupal, son mucho más altas (Monroy, 1999) que cuando la violencia y la injusticia queda políticamente legitimada por el Estado y por la

mirada jurídica internacional, como en el caso de España (Sluzki, 2007).

Quando faltan eventos políticos que elaboren sucesos colectivos, existe el riesgo de que los procesos de resarcimiento queden marginados a los espacios privados y se conviertan en responsabilidad individual de cada una de las víctimas. *No es lo mismo el llanto y la tristeza encerrada en las cuatro paredes de una casa familiar, que la misma tristeza encauzada en un evento público donde el dolor cobra un sentido político* (Monroy, 1999).

En uno de sus libros más importantes Sluzki (1996) afirma que “*nuestra cultura brinda solo un reconocimiento nominal al hecho de que la migración es una transición que genera tensiones extremas*” pues cuando la gente que ha migrado comienza a mostrar claros signos de esa tensión, se tiende a ver la “patología” fuera del contexto y como tal, se la trata a base de “cinturones químicos”, sin tener en cuenta el contexto en que los problemas se originaron y crecieron y sin darle un tratamiento que incorpore una lectura de lo político.

Las instituciones psiquiátricas reprodujeron en este caso también, las relaciones de dominación de las que en parte, venía huyendo los colectivos familiares refugiados. Los servicios de “salud mental” convirtieron en un diagnóstico clínico los dolores propios de la guerra y el exilio forzado.

Yo debía estar ya un poco tocado de la cabeza, ya debía estar un poco charado. No sé, por todas esas cosas que había hecho que luego no ligaba unas cosas con otras (21001).

Las intervenciones psiquiátricas medicaron a los sujetos para “librarlos de los síntomas” más explícitos pero no facilitaron ningún espacio donde el sujeto, en tanto colectivo, pudiera elaborar el contenido propio de la guerra y la pérdida, ni elaborar el posible vínculo entre la derrota y los síntomas. Ningún espacio simbólico donde se pudiera hablar del sustrato político y estructural desde donde hablaba su dolor. La medicalización como medida única y/o aislada potenció entonces la etiología originaria de la

enfermedad en lugar de entenderla y tratarla en su dimensión simbólica y social (Foucault, 1967).

Es el momento en que aparece la pareja médico-paciente, en la cual el paciente tiene que entregarse completamente al médico para su cura. Salir de su “alienación” a partir de su alienación en el médico (Canal, 2002).

Según sus parejas o hijos, algunos de los miembros de la familia quedaron seriamente debilitados después de que la institución psiquiátrica interviniera en sus cuerpos. Quedaba poco claro si la debilidad e inseguridad con la que quedaron los sujetos “intervenidos” era producto de la enfermedad, de la misma intervención de los hospitales psiquiátricos o de la guerra.

Estuvo un año y le dieron la invalidez en el seguro, porque al año, si no vas a trabajar a otro lado, puedes tramitar la invalidez y poco a poco se quedó muy débil, estuvo haciendo alguna cosita pero le costaba mucho, ya ves que les dan unos medicamentos que los dejan zombis (21004).

Fueron sus esposas, hijos e hijas los que hablaron sobre cómo percibían a sus padres y madres después de la pérdida la guerra. Lo que quise entender en este proceso no fueron los diagnósticos en sí, sino lo que las parejas, hijos, parientes, percibieron sobre los que directamente fueron expulsados de su patria.

Para los miembros de la familia los diagnósticos médicos implicaron un cambio de expectativas frente a los que las instituciones definían como “enfermos”. Los médicos construyeron la idea de la debilidad y la volvieron en algunos casos, profecía. Para un sujeto que había estado desarrollando sus capacidades al máximo en trabajos de análisis político y comprometido con el espacio laboral, la etiqueta de incapacitado que le adjudicaron los “servicios de salud” no tenía coherencia con sus posibilidades reales de trabajo y compromiso con la vida.

Consideraciones finales

Los procesos personales de restitución de la subjetividad se volvieron mucho más complicados de procesar y elaborar por no haber sido definidos políticamente como parte de los problemas propios de grupos vulnerabilizados por guerra y represión. Sumado al hecho de que en España nunca hubo un reconocimiento a todos aquéllos que lucharon y apostaron su destino a un horizonte libertario; ni posterior a la muerte de Franco ni durante el periodo de la “transición democrática” ni durante el gobierno del PSOE. Esto facilitó que los hijos y nietos, bisnietos de todos aquellos exiliados o luchadores se perciban a sí mismos como conflictuados en la construcción de su identidad, en tanto que el pasado que compartían había sido mistificado por la historia oficial.

Cuando políticamente no se asume la existencia de grupos determinados por contextos de guerra y no se trabaja en colectivo pública y políticamente, se deja en el aislamiento a miles de refugiados que tienen que admitirse como personalmente enfermos en vez de mirarse como parte de un colectivo gravemente dañado por una dictadura de terror.

“Las experiencias en materia de víctimas de violaciones a los derechos humanos en las dictaduras muestran la necesidad de situar el conflicto en una esfera que trascienda lo clínico, pues el contenido dañino se encuentra en una esfera social e institucional” (Retamal, 2002).

Ojalá hubiese habido en esta historia, un “perfil profesional” capaz de des individualizar los síntomas y de entenderlos como producto del contexto violento de un país en guerra. Si los daños se produjeron en un momento histórico de persecución y de conmoción social la restitución tendría también que ser social, política y pública: reconociendo en los síntomas y diagnósticos el resultado de una estrategia de terror fascista y no el déficit de ciertos individuos vulnerables. La manera de interpretar un problema determina la manera de buscar solucionarlo. Los problemas de enfermedad en la guerra civil española del 36 al 39 respondieron a mecanismos sociales y políticos específicos que inscribieron sus significados en los cuerpos de los sujetos, no de “taras” individuales o neurológicas.

Sin embargo, no hubo intervenciones de los profesionales de la salud, o profesionales de la justicia, o de las políticas públicas, que entendiesen los problemas de enfermedad de estos colectivos en su dimensión simbólica y mucho menos política. El médico social y los profesionales críticos de la salud tienen mucho que aportar en este sentido.

Referencia

Castillo, M. (1999). “Metamorfosis de la violencia”. En: Gabriel Araujo Paullada, Ofelia Desatnik Miechimsky Lidia Fernández Rivas (editores), *Frente al silencio*, Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia, A.C. México, p. 223.

Chapela, C. (2004). *Educación en la teoría de la reproducción de Pierre Bourdieu*. Texto de distribución interna del Diplomado de Promoción de la salud. México, UAM-Xochimilco.

Foucault, M. (1967). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Ed. Siglo XXI, México.

Monroy, G. (1999). “Violencia social: post conflicto y resiliencia en Guatemala”. En: Gabriel Araujo Paullada, Ofelia Desatnik Miechimsky Lidia Fernández Rivas (editores), *Frente al silencio*, Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia, A.C. México, p. 343.

Navarro, V. (2002). *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*, Anagrama, Madrid.

Retamal, S. (2002). “Psicología social crítica y victimología: formas de recuperación del conflicto”. En I. Piper (compiladora), *Políticas, sujetos y resistencias*. Chile, Universidad Arcis.

Sluzki, C. (1996). *La red social: frontera de la práctica sistémica*. Ed. Gedisa, Madrid, España.

Sluzki, C. (2007). *Humillación, vergüenza y perdón: emociones clave y dinámica familiar*. Instituto Latinoamericano de Estudios sobre la Familia, Cd. de México.



Medicina Social

Salud Para Todos